

HOMBRES RANAS EN EL BARCO HUNDIDO

**Submarinistas catalanes exploran el
"Ciudad de Barcelona"**

Escrito por José Tarin-Iglesias

Fotografías de Eduardo Ametlla

**Artículo publicado en noviembre de 1.954 en la revista
"La Actualidad Española"**

HOMBRES RANAS EN EL BARCO HUNDIDO

Submarinistas catalanes exploran el "Ciudad de Barcelona"

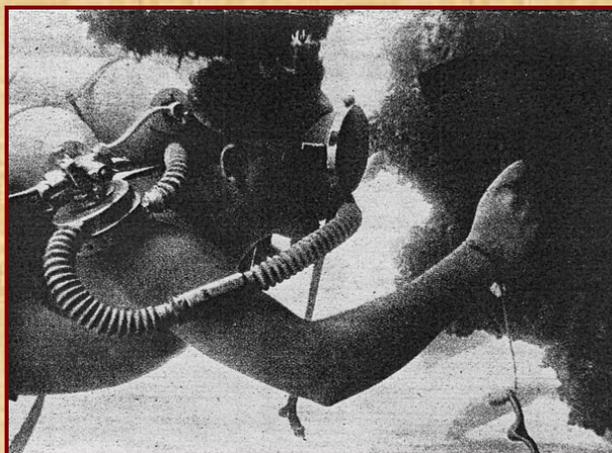
Por José Tarín-Iglesias

Fotos de Eduardo Admetlla

Publicado en la revista "La Actualidad Española" en noviembre de 1.957



A mediados del mes de mayo de 1.937 zarpó del puerto de Odessa la motonave española "Ciudad de Barcelona", de 5.000 toneladas, conduciendo, con destino a las fuerzas del Gobierno republicano, un buen cargamento de material de guerra, motocicletas y un puñado de tropas internacionales. La blanca nave, de finas líneas, construida en los astilleros italianos, en los días felices de nuestra Exposición Internacional, venía navegando solapadamente, sin pabellón fijo, huyendo de la vigilancia de la escuadra nacional. Creyéndose fuera de peligro, bogaba a escasa distancia de la costa. Pero no habían dado las tres de la tarde del día 30 de mayo cuando, a pocos metros del buque, surgió la silueta gris de un submarino. La escena fue rápida. Rozando el mar se percibió el dramático zumbido de un torpedo, que fue a incrustarse en la misma bodega del "Ciudad de Barcelona", que en menos de cinco minutos se hundió a una milla y media escasamente de la costa, para quedar levemente inclinado a unos 33 metros de profundidad.





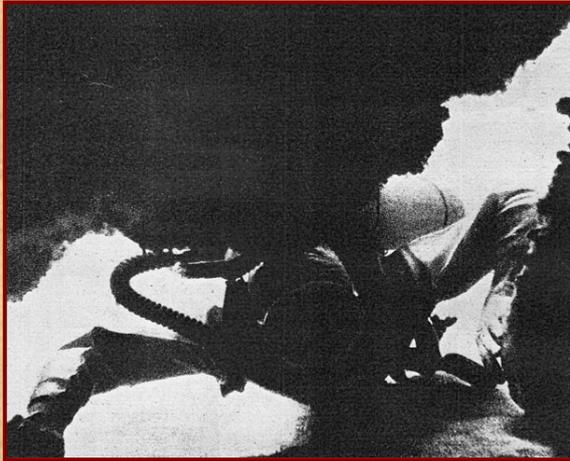
Finalizada la guerra, se extrajo cuanto material podía recuperarse, y unos meses más tarde se intentó el salvamento de la nave. La frustrada tentativa costó la vida de dos buzos – por cierto, un padre e hijo –; en vista de lo cual se desistió de la empresa, y la nave quedó sumergida en el fondo del mar, a merced de fuertes corrientes que baten aquella zona de la Maresma catalana.

Desde entonces, el “Ciudad de Barcelona” quedó olvidado. Hasta que, hace poco menos de un año, algunos miembros del C.R.I.S., conocedores de la situación del buque, estuvieron en Malgrat, frente a cuya población se encontraba el buque, y se pusieron al habla con varios pescadores de la localidad. Por ellos supieron, con todo lujo de detalles, la verdadera posición de los restos de la magnífica motonave, que veinte años antes había señoreado por aguas del Mediterráneo y ahora se consumía lentamente entre el fango de la inmensidad del mar.

Y Eduardo Admetlla, Luis María Puyó y Roberto Díaz, tres animosos deportistas que de unos años a esta parte vienen realizando interesantes inmersiones – en unas han mejorado marcas mundiales, en otras han recuperado piezas de extraordinaria importancia arqueológica –, decidieron bajar a la maravillosa aventura submarina.

Era un día en que el agua estaba bastante turbia. Los tres submarinistas catalanes iban descendiendo, sin encontrar absolutamente nada, cuando de pronto Eduardo Admetlla dio una vuelta





en redondo y se encontró frente a la mole del "Ciudad de Barcelona", precisamente frente al boquete – de cinco metros de diámetro, cuajado ahora de flora marítima – que produjo el torpedo el día del hundimiento.

El espectáculo era impresionante. La hermosa nave se erguía clavada en el fango. Alrededor cruzaban bandadas de servias y palometas. Los "exploradores" no pudieron dominar la ansiedad y se metieron, arriesgándolo todo, por los intrincados vericuetos de las cámaras inundadas, que ofrecían un

aspecto desolador. Parece ser que en el hundimiento resultaron ahogados unos cincuenta hombres, pero en las diversas pesquisas no se han encontrado nunca restos humanos.

Las visitas se han sucedido con mucha frecuencia. "Es una tentación que no podemos vencer", dicen Puyó, Admetlla y Díaz. Y aseguran que, paseando por el interior del buque, casi no se nota que uno esté flotando, y se tiene la sensación de vivir en un mundo fantástico poblado de seres extraños, que cruzan rápidamente a su alrededor.



Estas continuas inmersiones están repletas de curiosas anécdotas. Hace unas semanas, Admetlla entró en un cuarto de baño, que, como otras tantas piezas, se halla intacto, y de pronto se encontró metido en una fina bañera de porcelana tomando un buen baño naturalmente submarino. Al salir no lo hizo por la portezuela, sino por la escotilla, y proporcionó un susto descomunal a su compañero Puyó,

que se encontraba merodeando por allí.

Los tres "hombres-rana" no sólo han recorrido totalmente el buque, sino que, además, han conseguido impresionar por primera vez fotografías auténticamente fantásticas del navío. En ellas puede verse a los tres deportistas catalanes recorriendo, con sus trajes de goma y sus escafandras autónomas, las ignoradas zonas del fondo de nuestro litoral, llenas de flora marinera, mientras a su alrededor danzan centenares de peces de todos los tamaños. Eduardo Ametlla, con una máquina adaptada a las circunstancias, es el autor de estas sensacionales fotos, que hoy se publican por primera vez en España.

José Tarín-Iglesias

